

¿Podremos? ¿Hacia la “democracia del 99%”?

Domingo Marrero Urbín¹

Introducción

El propósito inicial de estas páginas es dar cuenta del proceso social y político en España en el último año. Desde ese punto de vista podría considerarse una continuación de dos trabajos anteriores ya publicados por *O Olho da História*, “España y el rescate financiero. España en guerra” (I y II). Sin embargo, esos mismos acontecimientos han suscitado un cierto interés por su posible carácter revolucionario: en su momento algunos medios internacionales los denominaron *Spanish Revolution*. Por ello este texto igualmente pretende analizar en qué medida esos hechos podrían suponer una amenaza real para el sistema y, más allá, una experiencia histórica de construcción del socialismo.

Ese segundo propósito de estas páginas no es una tarea sencilla de abordar. En primer lugar, por las evidentes limitaciones de su autor. Pero también porque se trata de un proceso histórico abierto (y por tanto de un trabajo de historia inmediata), y porque la actual crisis global también lo es de paradigmas y categorías como “socialismo” o “democracia”. No es casual, pues, que el título principal y el de dos de sus tres epígrafes sean interrogantes.

Salvo el primer apartado, que se ocupa de exponer el desarrollo de los acontecimientos durante los últimos meses, especialmente desde celebración de las elecciones europeas de mayo de 2014, por lo que su contenido se centra bastante en el análisis electoral, aunque no exclusivamente. El segundo epígrafe es un intento de caracterización política e ideológica del movimiento social de los Indignados, y de sus sucesores políticos, sobre todo “Podemos” (Ps): ¿son socialistas y revolucionarios? El tercer apartado traspasa las fronteras españolas para detenerse en algunas iniciativas económicas nacidas en Occidente que, aparentemente, suponen una amenaza real para los pilares del capitalismo, aunque en general su desarrollo sea todavía muy incipiente. Finalmente, las conclusiones desembocan en la pieza clave que puede conducir a la construcción de un “nuevo socialismo”, la conciencia.

De la movilización social a la carrera electoral. De los Indignados a Podemos

El 15 de mayo de 2011 una parte de la ciudadanía española sorprendió a medio mundo, ocupando las plazas mayores de decenas de ciudades por todo el país. Había nacido un movimiento social, el de los Indignados, protagonista de la *Spanish Revolution*. Fue un pulso pacífico, desarrollado en las calles de muchas ciudades contra los gobiernos de José Luis Rodríguez Zapatero, primero, y Mariano Rajoy, después, que hizo saltar las estadísticas sobre manifestaciones del Ministerio del Interior especialmente entre los años 2011 y 2013.

¹ Profesor de Educación Secundaria, IES Lila, Gran Canaria

Las medidas adoptadas contra la crisis de 2008 por los ejecutivos de Zapatero y de Rajoy, que han amparado, una y otra vez, a los responsables del crack en España, y han hundido sistemáticamente a varios millones de españoles en la pobreza y la precariedad, y la rampante y vergonzosa corrupción en los grandes partidos, hicieron saltar la chispa. Pero también pusieron de relieve hasta qué punto el sistema en su conjunto había dado la espalda al 99% de los ciudadanos ("que no nos representan") y por tanto había que finiquitarlo, empezando por el modelo bipartidista.

La respuesta gubernamental (y de los medios de comunicación afines) se deslizó desde el descrédito inicial (denominándolos "perroflautas") hasta el endurecimiento de la represión en las calles y finalmente en la legislación, con la "ley mordaza" aprobada en marzo pasado por el ejecutivo de Rajoy pese al rechazo de toda la oposición y de organizaciones como Amnistía Internacional o Greenpeace. A su vez, el movimiento se organizó y se extendió socialmente (sanitarios, docentes, servicios sociales, jubilados, estudiantes...), multiplicando y diversificando sus actividades en distintas plataformas: contra los desahucios, contra los recortes sanitarios y sociales, contra la reforma educativa, contra la reforma judicial...

Esa creciente y cada vez más desafiante movilización social, llevó a distintos representantes del Gobierno y dirigentes del Partido Popular (PP) a lanzar un reto a los Indignados: si querían intervenir en las decisiones gubernamentales debían incorporarse a la dinámica política organizando un partido y presentándose a los procesos electorales. Fue una provocación doblemente envenenada. Por una parte, pretendía deslegitimar el derecho constitucional de la ciudadanía a participar en la vida política sin la mediación de los partidos. Y por otra, deseaba llevar a los Indignados a un supuesto callejón sin salida. Los dirigentes del PP confiaban en el indiscutible fracaso electoral de los "perroflautas".

El pasado 24 de mayo, apenas un año y medio después de su fundación y a cuatro años del 15M, Ps y otras plataformas ciudadanas afines, herederos políticos reconocidos del movimiento de los Indignados, han abierto una profunda falla en el sistema bipartidista en las primeras elecciones autonómicas y locales a las que se han presentado. Estos resultados han tenidos dos antecedentes inmediatos: en las elecciones al Parlamento Europeo de mayo de 2014, y en las autonómicas andaluzas anticipadas a marzo de este mismo año.

No obstante, se trata de procesos electorales de distinta naturaleza, especialmente los europeos, y celebrados en diferentes coyunturas concretas, por lo que no es conveniente extrapolar sus resultados. Así, por ejemplo, las elecciones europeas en España suelen ser las de mayor abstención. En las del año pasado alcanzó un 58% del censo electoral, mientras que en las del 24 de mayo se redujo a un poco más del 38%, movilizandando muchos más electores. Y por otro lado, en el último año no ha cesado el torrente de casos de corrupción, sobre todo del partido del Gobierno, aumentando su impopularidad.

De cualquier modo, los comicios del año pasado ya supusieron un claro declive del bipartidismo en España, aunque no su desaparición. Por una parte se produjo una extraordinaria dispersión del voto. En las anteriores europeas de 2009 tan sólo cinco fuerzas políticas obtuvieron alguna representación, frente a las diez que lo hicieron en 2014. Y en aquella ocasión los dos principales partidos (PP y PSOE) consiguieron reunir el 82% de las

papeletas, mientras que el año pasado sólo lograron el 49%. Esta cifra, que sigue siendo significativa, y los resultados favorables del resto de partidos constitutivos del sistema bipartidista (pequeñas fuerzas de ámbito estatal o regional) permitieron asegurar a todos los analistas que el bipartidismo, si bien claramente debilitado, continuaba vivo.

Además, las fuerzas a la izquierda del PSOE se presentaron muy fragmentadas, consiguiendo en conjunto un 26% de los votos, lo que no puede considerarse una victoria. Y Ps, con casi un 8% de apoyo electoral consiguió sentar cinco diputados en el Parlamento Europeo, convirtiéndose en el cuarto partido con mayor representación, después de Izquierda Plural (IP), que consiguió seis. Desde entonces hasta las elecciones andaluzas de marzo pasado las encuestas de intención de voto fueron dibujando un paisaje en el que Ps protagonizaba un ascenso casi meteórico, pugnando por el primer o el segundo puestos con el PP y el PSOE. Aparecía restando votantes prácticamente a todos los demás partidos: al PSOE, a Izquierda Unida (IU), y también al PP. Pero igualmente parecía conseguir apoyo de una parte del electorado abstencionista, especialmente del más joven.

Inmediatamente el Gobierno, su partido, y todos los grandes medios de comunicación lanzaron una campaña de desprestigio sobre Ps y sus principales representantes, a la que se sumaron activamente varios dirigentes y personalidades del PSOE, como el expresidente Felipe González. El núcleo de esa campaña giró en torno a su "simpatía" con la Venezuela bolivariana, país sistemáticamente denostado por los medios españoles, aunque sólo después de 2002, cuando José María Aznar aún consideraba "su amigo" al presidente Hugo Chávez. Precisamente entre 2002 y 2012, la Fundación Centro de Estudios Políticos y Sociales (CEPS), en cuyo consejo ejecutivo figuraban Pablo Iglesias, Íñigo Errejón y Luis Alegre, había asesorado a varios gobiernos suramericanos, incluido el venezolano. Para los instigadores de esta campaña, Ps no sólo tenía un proyecto bolivariano oculto para España, sino que recibía financiación directa de Venezuela.

En un contexto donde los casos de corrupción de los dos grandes partidos eran y siguen siendo portada de los medios informativos todos los días, había que ensuciar también a Ps. Una vez aclarado el asunto de la financiación del CEPS, la estrategia continuó por los ingresos personales de sus miembros, que fueron objeto de un estrecho escrutinio. De este modo se supo que Juan Carlos Monedero había percibido determinados ingresos por medio de una empresa a su nombre (una práctica tan común como lícita), a cambio de trabajos de asesoramiento a distintos gobiernos latinoamericanos, entre los que nuevamente se hallaba el venezolano. Y, aunque su empresa había tributado por ello, a comienzos de este año Monedero presentó una declaración personal complementaria para zanjar el asunto.

Igualmente se publicó que Íñigo Errejón había mantenido un contrato con la Universidad de Málaga desde marzo de 2014 para participar en un trabajo de investigación. Su corruptela inconfesable consistió en realizar ese trabajo en Madrid y no en Málaga, como indicaba el contrato, aunque había contado con la autorización verbal del director del proyecto. Sin embargo, para los muñidores de la campaña de desprestigio, lo peor es que Errejón había compatibilizado ese trabajo con la dirección de la estrategia electoral de Ps para las elecciones europeas.

Los efectos de esta campaña, tan vulgar como torpe, son desconocidos. Pero los resultados de Ps en las elecciones andaluzas del pasado mes de marzo ya adelantaron que los esfuerzos del sistema para erosionar su imagen habían sido prácticamente inútiles. Fue una convocatoria electoral anticipada, debido a la crisis de gobierno entre el PSOE e IU en la Comunidad Autónoma de Andalucía, desatada a mediados de marzo de 2014. Aunque tampoco faltó quién apuntó otro motivo: impedir que Ps, en pleno ascenso en las encuestas de intención de voto, obtuviera mejores resultados en esa región.

De cualquier modo, hace tres meses que Ps es la tercera fuerza política andaluza. Consiguió quince escaños, con casi un 15% de los votos, frente al 8% de las europeas de un año atrás. Y lo hizo en una comunidad históricamente considerada un feudo del PSOE, que continuó siendo el primer partido político en la cámara regional, aunque sin conseguir la mayoría absoluta. El *partido de los Indignados* no respondió a los pronósticos (más favorables) de muchos sondeos, pero todos los comentaristas coincidieron en que la fidelidad andaluza al PSOE hacía de esa comunidad una excepción de cara a las posteriores elecciones locales y autonómicas del 24 de mayo.

Sin embargo, en estas elecciones Ps no ha traspasado la frontera del tercer lugar en el caso de los resultados autonómicos, los más sencillos de valorar. Ha ocupado ese puesto en el cómputo general de los votos emitidos (el 13,9%), y en nueve de las trece comunidades que renovaron sus cámaras regionales. No gobernará ninguna de ellas, pero se ha convertido en la llave que permitirá al PSOE presidir varios gobiernos autónomos, como el aragonés, el balear, el castellano-manchego y algunos más.

Esto ha hecho decir a muchos analistas que el electorado y el mapa autonómico español ha dado un giro a la izquierda, aunque el PSOE haya retrocedido ligeramente, con poco más del 24% de las papeletas. Pero mucho más lo ha hecho el PP, que ha perdido dos millones y medio de electores con respecto a las anteriores autonómicas y locales, aunque continúa siendo el primer partido, con el 30% de los votos. Además, el ascenso electoral de Ciudadanos (Cs), una opción conservadora emergente que ha acogido a muchos seguidores desencantados del PP, asegura la solidez de la derecha española. Y, en cualquier caso, todavía no se puede certificar el final del bipartidismo: el PP y el PSOE sumaron algo más del 54% de los votos.

Los resultados de Ps en las elecciones locales resultan más difíciles de valorar, en parte por el volumen de casos, más de ocho mil municipios, aunque los más importantes, las capitales de provincia, apenas exceden la cincuentena. Pero lo es más porque en la mayoría de las ocasiones no presentó una candidatura propia, coaligándose, o simplemente apoyando, a una miríada de pequeñas plataformas ciudadanas de izquierda. En cualquier caso, el poder municipal del PP también se ha desplomado en favor del PSOE, que podrá presidir muchos ayuntamientos, especialmente de las capitales provinciales. Pero, como sucede en varios parlamentos autonómicos, deberá hacerlo con los votos de esas plataformas ciudadanas.

Y en algunos casos serán esas plataformas, más o menos afines a Ps, las que podrán dirigir varios municipios muy representativos (como el de Cádiz, en Andalucía, o el de Santiago de Compostela, en Galicia), aunque necesitarán la ayuda del PSOE. No obstante, su

principal éxito se ha producido precisamente en las dos ciudades de mayor poder simbólico, y también demográfico, económico y político: Madrid y Barcelona. En la capital catalana, "Barcelona en Comú", con la activista social Ada Colau a la cabeza, ha ganado las municipales. Sin embargo, será necesario el apoyo de algunos partidos, entre ellos el PSOE, para que Colau sea alcaldesa, como finalmente ha sucedido. Y algo muy parecido le sucede en Madrid a Manuela Carmena. Aunque el PP obtuvo en la capital de España un concejal más que "Ahora Madrid", Carmena ya es su alcaldesa contando con el respaldo del PSOE.

El partido dirigido por Pablo Iglesias y las otras fuerzas afines no han alcanzado en estas elecciones los resultados que muchos sondeos pronosticaban, pero han protagonizado un ascenso estratégico indiscutible. Su suerte dentro de unos meses, cuando se celebren las próximas elecciones generales (presumiblemente en noviembre), dependerá en parte de su gestión de los logros del 24 de mayo. De momento varios dirigentes del PP, entre quienes destaca Esperanza Aguirre (candidata a la alcaldía de Madrid), se han lanzado a una nueva y delirante campaña: hay que frenar el avance de esas fuerzas porque su intención es "romper la Constitución, acabar con el Estado de Derecho". Una reacción que otros representantes del PP han desautorizado, como el responsable de Exteriores, el ministro García Margallo, para el que Carmena y Ps no constituyen en absoluto una amenaza contra la democracia. Cabría preguntarse si destruir el Estado de Derecho forma parte de las expectativas de sus bases sociales.

¿Capitalistas irritados o socialistas revolucionarios?

Pese a la denominación que una parte de la prensa extranjera dio inicialmente al movimiento de los Indignados, la *Spanish Revolution* no es en absoluto un movimiento revolucionario, al menos tal como los hemos conocido en la Edad Contemporánea. En las dos últimas centurias España no se ha caracterizado precisamente por ser un "país revolucionario", y menos aún de revoluciones exitosas.

El siglo XIX español fue políticamente muy agitado, pero entre motines, pronunciamientos y marchas, sólo descuella una revolución relativamente digna de ser así considerada, "La Gloriosa", de 1868. La convulsión más importante del siglo XIX dio lugar a un corto periodo realmente democrático ("El Sexenio") culminado por una efímera Iª República, cuya existencia no superó el primer año. Y, ya en el siglo XX, la proclamación en 1931 de la IIª República, igualmente efímera, fue casi una "transición". No obstante, en 1934, en el marco de una huelga general revolucionaria convocada en toda España, se produjo en Asturias una auténtica revolución obrera que subvirtió el orden establecido. La "Comuna de Asturias", que no llegó al mes de vida, fue considerada la última revolución social europea por la izquierda de ese continente.

En primer lugar, los Indignados no constituyen un movimiento de clase en el sentido tradicional (aunque eso también depende del concepto de "clase" que se utilice). No existen estudios sociológicos lo suficientemente extensos, o con el enfoque adecuado, para realizar generalizaciones de este tipo con total seguridad. Pero algún análisis sobre el caso concreto de Salamanca y una encuesta de los propios Indignados permiten desechar esa idea. Presentaron un perfil más o menos preciso, donde abundaban la juventud (la gran mayoría

había nacido en la España democrática), los estudios universitarios (más del 25% los poseía) y la cultura digital; y más de la mitad tenía un puesto de trabajo. No parecen rasgos propios de perfil proletario clásico. El propio Manifiesto de "Democracia Real Ya", redactado al comienzo del proceso, fue bastante explícito al respecto, al tiempo que confuso conceptualmente. Sus autores se consideran "personas normales y corrientes" y "ciudadanos de a pie".

Además, la evolución del movimiento reforzó su naturaleza "interclasista". Las distintas "mareas" en que se fue especializando estuvieron protagonizadas por trabajadores del sector sanitario público (especialmente médicos y enfermeros), de la enseñanza (profesores universitarios, de Secundaria, y de Primaria), o de los servicios sociales (trabajadores sociales, psicólogos). Su perfil se aleja del "trabajador" convencional y es más propio de la clase media. Ni siquiera el protagonismo de los jóvenes entre los Indignados quedó a salvo de su indiscutible éxito. En octubre de 2011 ya habían nacido los "yayoflautas", un movimiento creado por centenares de abuelas y abuelos en unas cuantas ciudades con el objetivo de apoyar la lucha de las generaciones más jóvenes. Desde ese momento se han mostrado particularmente críticos y activos contra la banca, fundamentalmente a causa de los desahucios.

Y, en segundo lugar, los Indignados tampoco se pueden caracterizar como "revolucionarios" en un sentido estricto. Los mismos trabajos antes citados coinciden en dos rasgos concretos. Por un lado gran parte de ellos se consideraron de izquierdas y casi el 50% se situó a la izquierda de la mayoría de los españoles. Quizás por ello, algo más de la mitad se había abstenido en las elecciones municipales celebradas una semana después del 15M, y casi el 80% de los que votaron lo hicieron a partidos minoritarios. Esto parece situarlos parcialmente fuera del sistema. Pero, por otro lado, el 60% manifestó su deseo de reformarlo, pese a que muy pronto fueron descalificados como "antisistemas" por los partidos mayoritarios. Esa imagen reformista se trasladó a la sociedad española, que los apoyó abrumadoramente. Según una encuesta de junio de 2011, un 71% de los entrevistados pensaba que los Indignados sólo querían enmendar la situación, y un 81% apoyaba plenamente sus razones.

Esas razones fueron expuestas muy pronto en el Manifiesto de "Democracia Real Ya" (DRY), responsable, junto a otros quinientos colectivos ciudadanos, de la convocatoria del 15M. Pese al perfil de izquierdas dominante en el movimiento, ese documento empieza asegurando su pluralidad y diversidad ideológicas. Les une la indignación y el deseo de construir una sociedad mejor, con un conjunto de derechos sociales elementales para todos, que *"el sistema de gobierno actual no atiende"*.

Hasta este punto, el Manifiesto de DRY no presenta sesgo revolucionario alguno. Si acaso, refleja una cierta imprecisión conceptual, criticada severamente por el profesor Gustavo Bueno. Desde su materialismo filosófico y su abierta posición crítica de la actual izquierda española, en junio de 2011 hizo un análisis de urgencia de los Indignados. En esa reflexión considera que sus representantes son analfabetos políticos, históricos, económicos, sociológicos... y reprueba su *"filosofía de brocha gorda expresada con convicción totalmente ingenua y acrítica"*.

No le faltaron razones a Gustavo Bueno para mostrarse tan riguroso, pese a que los siguientes párrafos del Manifiesto le otorgan un cierto carácter radical a ese movimiento. Aunque no emplea una conceptualización marxista, critica la negativa del sistema bipartidista a abrir cauces de participación ciudadana en la vida política y su alianza con los grandes poderes económicos, vaciando de contenido el sistema democrático. Señala la hegemonía del *"ansia de acumulación"* como la causante de graves problemas como los medioambientales o la desigualdad. Subraya el papel de la ciudadanía como engranaje de la maquinaria de acumulación: nosotros *"movemos el mundo"*. Y finalmente invita a desconfiar de la *"abstracción de la rentabilidad económica"* y a llevar a cabo una *"revolución ética"*: el dinero no puede seguir estando por encima del ser humano.

Ciertamente no presenta el Estado de Derecho como la *"dictadura de la burguesía"*, pero muestra el actual sistema español como una plutocracia. No hay una denuncia explícita de la propiedad privada de los medios de producción, aunque señala el afán de lucro inherente al desarrollo del capitalismo como responsable de los principales problemas de la Humanidad. Y tampoco hay una condena de la preeminencia del valor de cambio de las mercancías y el trabajo en la sociedad actual, si bien sitúa al ser humano por encima del valor del dinero. Quizás los autores del Manifiesto no lo hayan pretendido, pero sus críticas van directas a los pilares del sistema capitalista, tal como hicieron los creadores del marxismo hace más o menos siglo y medio.

Sin embargo, el profesor Gustavo Bueno sólo vio en todo esto la manifestación de *"un fundamentalismo democrático de cuño idealista"*. Y en cierto modo acertó: la propuesta *"revolucionaria"* más concreta de los Indignados ha sido reivindicar un sistema republicano. Y en la práctica su acción más comprometida se produjo casi un año y medio después del 15M, con la convocatoria *"Rodea el Congreso"*, o 25S. La delegada del Gobierno en la Comunidad de Madrid, tras autorizar la manifestación, la consideró un *"golpe de Estado"*. Pero fue una iniciativa pacífica que se proponía denunciar el secuestro de la soberanía popular por el sistema bipartidista. Y, aunque el pacifismo de los Indignados había sido uno de sus rasgos más notorios (también ese día), la represión policial fue durísima, poniendo en juego tácticas sucias como la infiltración de policías agitadores entre los manifestantes.

Pero Gustavo Bueno erró aparentemente cuando pronosticó un futuro *"a medio plazo, políticamente nulo"* a los Indignados. La trayectoria electoral de Ps por el momento parece desmentirlo. Y un reciente sondeo de intención de voto de cara a las próximas elecciones generales, publicado el 7 de junio, corrobora su desacierto. Aunque el PP y el PSOE se mantienen a la cabeza, reúnen menos del 48% de los votos, lo que supone un descenso con respecto a los resultados electorales del 24 de mayo, confirmando la lenta descomposición del bipartidismo. Pero también cae Cs, considerada como la nueva fuerza emergente de la derecha, que pierde 6,5 puntos porcentuales en intención de voto. Sin embargo, Ps se mantiene sólidamente como el tercer partido del país, a 1,5 puntos del PSOE y a 3 del PP.

"Podemos" y las diversas plataformas ciudadanas concurrentes a los comicios del pasado 24 de mayo constituyen la articulación política de los Indignados. Desde el punto de vista de las personas que los forman y dirigen, y del contenido de sus programas o

propuestas, pueden sentirse los representantes políticos de ese movimiento social, sus herederos directos. En ello hay un acuerdo unánime entre los analistas más rigurosos y los menos serios.

La misma Ada Colau es un ejemplo paradigmático de ello. Cofundadora y portavoz de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH) en 2009, fue la responsable de presentar una "Iniciativa legislativa popular por la vivienda digna" ante la Comisión de Economía del Congreso en febrero de 2013, haciendo una intervención particularmente dura con la clase política y la banca. Y en septiembre de ese mismo año recogía en el Parlamento Europeo el "Premio Ciudadano Europeo 2013" en nombre de la PAH, pese a la campaña de desprestigio personal lanzada desde el PP y sus medios de comunicación afines.

Pero Ada Colau no es precisamente el único ejemplo. El Consejo Ciudadano Estatal de Ps, constituido en noviembre de 2014, posee dos rasgos muy notorios. Por una parte, muchos de ellos cuentan con una formación universitaria humanística, lo que puede provocar un giro en la visión y en la orientación estrictamente economicista que ha dominado las decisiones políticas en las últimas décadas. Y por otra, una fracción muy significativa de sus miembros proviene directamente de la experiencia del 15M, donde destacaron por su activismo. Por esa razón igualmente se puede hallar varios sindicalistas, militantes de IU, juristas, e intelectuales, que también participaron las movilizaciones del 15M.

En cuanto a los programas, Ps no dispone todavía de una propuesta concreta para gobernar el país, como la correspondiente a las pasadas elecciones autonómicas y locales. Pero sí cuenta con algunos documentos y resoluciones sobre economía, cultura, igualdad, corrupción, vivienda, salud, y deuda pública. En conjunto ponen de manifiesto la visión humanista muy presente en Ps, pero también la mayor parte de las preocupaciones y motivaciones de los Indignados.

Entre esos documentos, el de mayor calado quizás sea la propuesta económica, por su extensión, por la problemática que afronta, y por sus mismos autores. A lo largo de sesenta páginas Vicenç Navarro y Juan Torres realizan un diagnóstico, plantean posibles estrategias y objetivos de gobierno, desgranar decenas de medidas concretas agrupadas en torno a cuatro grandes líneas de actuación, y definen un modo de proceder para llevar a cabo un programa económico. Este documento pretende demostrar que "hay otras vías y alternativas para transformar la economía capitalista y para construir modelos productivos y relaciones económicas más satisfactorias y eficientes basadas en el respeto a la vida de las personas y a la naturaleza y más preocupados por el bienestar general que por el lucro individual..."

Se trata de "*democratizar la economía*", lo que seguramente también censuraría el profesor Gustavo Bueno.

Tal como manifestaron tres años antes muchos Indignados, la voluntad explícita de esta propuesta es reformar el sistema, pero no cuestionarlo en sus elementos sustanciales. Sin duda pretende humanizar el capitalismo, conduciéndolo hacia un modelo económico sostenible ambientalmente y que atenúe la desigualdad social. Pero, por ello mismo, no es precisamente revolucionaria. No es extraño que algunos la hayan equiparado, al menos en algunos aspectos, al programa socialdemócrata con que el PSOE de Felipe González ganó las

elecciones generales de 1982. Pero sí resulta algo contradictorio con que una iniciativa de la organización Izquierda Anticapitalista (IA) se encuentre en el origen de Ps, en cuyas filas se ha integrado a comienzos de 2015.

No obstante, Ps no sólo ha heredado las ideas y las personas de los Indignados. Sobre todo ha hecho suyas las formas, los procesos por los que se eligen sus dirigentes y se configuran sus propuestas y programas. El empleo de las redes sociales y de plataformas colaborativas es un rasgo muy destacado de los Indignados, aunque quizás no suficientemente valorado, por Gustavo Bueno. Esa estrategia organizativa horizontal, propia de la democracia participativa (algo más compleja que la simple democracia asamblearia), ha permitido a Ps configurar sus órganos de dirección y coordinación, elegir sus representantes y dirigentes, y elaborar sus documentos básicos y sus programas electorales.

Así, Vicenç Navarro y Juan Torres concluyen su propuesta económica subrayando la necesidad de que "Podemos convoque un gran encuentro estatal de personas conocedoras de las diferentes cuestiones que atañen a su ideario económico para elaborar, ya con todo detalle y precisión, el abanico de propuestas a llevar a cabo en el gobierno..."

Igualmente, a finales de octubre de 2014, participaron 112.070 militantes (de los 205.750 inscritos en su censo) en la elección del modelo organizativo de Ps. Y en las primarias para escoger sus trece candidaturas autonómicas, celebradas a lo largo del mes de marzo de este año, participaron 50.000 de las casi 240.000 personas inscritas.

No ha sido un proceso exento de críticas en el seno del partido. Tanto en la configuración de sus órganos como en la composición de sus candidaturas autonómicas se han escuchado varias voces discrepantes. El problema de fondo está siendo precisamente el de la participación interna, que según los críticos está siendo limitada por el equipo de Pablo Iglesias. Y Juan Carlos Monedero justificó su salida voluntaria de la dirección de Ps a finales del pasado abril por el alejamiento del espíritu del 15M que, desde ese punto de vista, está viviendo la organización.

Pese a todo, esa amplísima participación democrática interna de Ps quizás sea su rasgo más revolucionario. La Asamblea Ciudadana, constituida por toda la militancia sin la intermediación de delegados ni compromisarios, elige al Secretario General y otros órganos, aprueba los programas electorales definitivos, e interviene en otros asuntos esenciales. Pero basta con que un solo miembro del partido proponga la revocación de cualquier dirigente o cargo electo con el apoyo del 1% del censo de militantes, para que su iniciativa sea tomada en consideración. Y si el 20% de ese censo la aprueba, se someterá definitivamente a un referéndum vinculante.

Tras las elecciones autonómicas y locales del 24 de mayo, Esperanza Aguirre, acostumbrada a designar a dedo a todos los candidatos del PP en la Comunidad de Madrid, alertó al resto de fuerzas políticas del riesgo de ver organizarse soviets por toda la región. Y quizás no le faltó algo de razón. La Asamblea Ciudadana de Ps en esencia se parece mucho a los soviets de los primeros años de la URSS, por la profunda inversión jerárquica que implica: pura democracia participativa. ¿Es una revolución?

¿De la gestión del capitalismo a la construcción del socialismo?

En más de una ocasión se ha identificado Ps con SYRIZA, la coalición de izquierda radical que gobierna Grecia desde enero de 2015. Pero se trata de una similitud sobre todo funcional, como “nuevas” fuerzas políticas de izquierda que han irrumpido en el espectro político rompiendo la tradicional correlación bipartidista hegemónica en los dos países desde hacía décadas. Ambos comparten el papel de capitalizadores de un amplio y profundo descontento popular contra las políticas gubernamentales que, a propósito de la crisis, han generado un aumento espectacular de la desigualdad social (arrastrando a la clase media) y en un contexto de corrupción política cuando menos vergonzoso.

Sin embargo, sus orígenes y sus procesos de constitución son claramente distintos. SYRIZA nació en 2004, mucho antes de que estallara la crisis financiera (aunque su gestación se remonta a 2001), como una coalición de hasta trece grupos muy diversos de izquierda, incluyendo ecologistas. “Podemos” vio la luz una década después, como una concreción política de un movimiento social espontáneo, los *Indignados*, generado por el crack financiero y su gestión política.

No obstante, poseen otra característica común. Ambas fuerzas albergan dos tendencias aparentemente antagónicas. Por una parte, su naturaleza ideológica y el contexto de crisis económica y de agitación social en que se ha producido su ascenso político han despertado algunas expectativas sobre la posibilidad de construir el socialismo. Y, por otra, sus prácticas políticas y el marco internacional inmediato en que se desarrollan (la Unión Europea) apuntan a que su papel no será otro que el de meros redistribuidores de la renta, sin cuestionar los principios del capitalismo.

Aunque es necesario plantearse previamente un problema ineludible: qué clase de socialismo construir. No se trata de una pregunta teórica, cuya respuesta no tendría cabida en estas páginas, ni su autor está capacitado para siquiera imaginarla. Es un interrogante netamente histórico, aunque indudablemente posea implicaciones teóricas. Hay quienes sostienen con mejores o peores argumentos que, al margen de la actual crisis financiera (que sería un síntoma más), el sistema capitalista está llegando a su final. Pero lo cierto es que hace tres décadas y media ya lo hizo el sistema socialista que se había desarrollado históricamente desde 1917 y sobre todo a lo largo de la segunda mitad del siglo XX.

Antes, a mediados del siglo XIX, el movimiento socialista internacional sufrió una primera escisión entre los partidarios de la revolución y los partidarios de la reforma del capitalismo para construir el socialismo. Había nacido la socialdemocracia reformista (frente al comunismo revolucionario) que tendría la oportunidad de ejercer el poder en varios estados de Europa Occidental en la segunda mitad del siglo XX. Y ya en los primeros años setenta de la pasada centuria se produjo un segundo cisma entre los partidos comunistas europeos. Los comunistas franceses, italianos y españoles asumieron el parlamentarismo como medio para llegar al poder e instaurar el socialismo “en paz y libertad”. La condena de la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968 había generado esta nueva tendencia: el eurocomunismo.

El estalinismo había finiquitado en 1922 el legado democrático de los soviets, imponiendo un sistema totalitario y personalista. Las purgas, las deportaciones en masa, y el

asesinato de disidentes terminaron de alejar la URSS del socialismo y de la libertad. El proceso de desestalinización llevado a cabo a partir de 1953 alivió parcialmente la represión. Y el liderazgo colectivo inaugurado en 1964 atenuó el carácter estrictamente personalista del sistema de gobierno soviético. Pero nada de eso supuso la construcción de la “sociedad comunista”. La dictadura del proletariado había dejado de ser una fase de transición y se había convertido en una dictadura contra el proletariado. Y también contra otros pueblos de Europa, como el húngaro o el checoslovaco.

No es sencillo dilucidar cuánto de esa deriva histórica de la URSS hacia un sistema que no resultó ser una sociedad comunista pudo obedecer a factores externos al marxismo, desde la Guerra Civil (1917-1923), pasando por la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), hasta la Guerra Fría (1947-1989). Pero, en cualquier caso, muchos marxistas actuales no la aprueban. Y la visión mecanicista de la historia por la que la sociedad comunista llegaría como una necesidad inexorable tampoco concita ya tanto acuerdo.

En cierto modo, la caída del Muro de Berlín supuso el inicio de la actual crisis, que es global porque se desarrolla a escala planetaria y porque afecta a todas las esferas esenciales de la actividad humana, desde la producción económica a la producción científica y cultural, pasando por la organización política y sus paradigmas de “socialismo” y “democracia”. Ps y quizás SYRIZA, encarnan esa crisis, presentando rasgos realmente anticapitalistas y revolucionarios, pero sin cuestionar en la práctica los fundamentos del capitalismo.

Algo más lejos parecen llegar varias iniciativas desarrolladas en Occidente (y también a escala planetaria) durante las últimas décadas en el ámbito de la actividad económica. Aunque poseen orígenes históricos diversos, constituyen una alternativa profundamente antagónica al desarrollo del capitalismo precisamente en dos aspectos esenciales para su reproducción, y que se alzan al mismo tiempo como los principales retos de la Humanidad actual: la destrucción del medio ambiente y el aumento general de la desigualdad.

El primero se inscribe en el modelo de relaciones con la Naturaleza, que está quebrando el equilibrio del planeta. Ya está provocando efectos devastadores sobre millones de personas. Y serán miles de millones en pocas décadas si no se detienen inmediatamente agresiones como el calentamiento global o la deforestación, por citar sólo dos problemas íntimamente relacionados en sus repercusiones, pero también en sus orígenes: la depredación sin límites de unos recursos naturales mercantilizados por el capitalismo. El fracaso sistemático de todas las cumbres de clima celebradas hasta ahora da cuenta del papel central de esa explotación en la reproducción del sistema.

La agricultura ecológica en particular, y en general la economía del decrecimiento (igualmente atenta a la equidad social) proponen otro modelo de relaciones con la Naturaleza. No constituyen novedades históricas, ya que hunden sus raíces en los inicios del siglo XX. Y tampoco se trata de propuestas “sobre el papel”. La producción ecológica está alcanzando en la UE una cuota media de mercado del 25%, y en 2013 ya ocupaba 43 millones de hectáreas cultivadas en más de 150 países. Y, aunque esa cifra supone algo menos del 1% de toda la superficie agrícola mundial, es un sector en constante expansión porque también favorece la economía campesina. En cuanto al decrecimiento, se han ido extendiendo múltiples iniciativas en el mundo anglosajón (donde ya hay registradas

centenares de “comunidades de transición”) y en la Europa latina, destacando las organizaciones catalanas.

Sus preocupaciones ambientalistas han conducido a estos dos movimientos a posiciones cada vez más críticas con el capitalismo, pese a la diversidad ideológica presente en sus orígenes y en su evolución. Pero lo esencial es que en la práctica cuestionan radicalmente uno de los pilares del capitalismo, y que su éxito supondría la quiebra definitiva de la depredación capitalista de los recursos naturales.

Por su parte, el segundo problema, la creciente desigualdad, es aún más intrínseco al desarrollo del capitalismo, una condición indispensable que ya analizaron los fundadores del marxismo. Por ello, pese a la poderosa propaganda del sistema sobre los beneficios universales de su globalización, las diferencias entre los más ricos y los más pobres no deja de aumentar escandalosamente en todo el Planeta.

Pero la crítica de este fenómeno en la actualidad ya no es monopolio del marxismo. La economía del decrecimiento también lo hace de una forma precisa: el crecimiento de Occidente desarrollado se produce a expensas del trabajo y los recursos naturales de los países así empobrecidos. Y no es la única iniciativa que, desde supuestos ajenos al marxismo, propone terminar con los factores de la desigualdad.

El consenso sobre este asunto es tan amplio que en 1964 se organizó el sistema del Comercio Justo, bajo el patrocinio de la ONU y de varias organizaciones no gubernamentales y movimientos sociales. Nació como “*una relación voluntaria y justa entre productores y consumidores*”, y sus principios se centran en el respeto de los Derechos Humanos y en la lucha contra la desigualdad. Las cifras del Comercio Justo son todavía muy humildes. No obstante, según la Organización Mundial del Comercio Justo, ya existen tres mil agrupaciones de productores en más de cincuenta países del Sur, que reúnen 2,5 millones de trabajadores.

Bastante más reciente es la propuesta de la Economía del Bien Común, formulada en 2008 por el economista austriaco Christian Felber y otros expertos. Ya en 2010 un grupo de empresarios comenzó su desarrollo práctico, “*como una alternativa real al capitalismo de mercado y a la economía planificada*”. Su pretensión es modificar el marco legal para sustituir el afán de lucro y la competencia empresarial por la cooperación y la contribución al bien común. Y tal contribución depende de lo social, ecológica, democrática y solidaria que sea la actividad empresarial. En realidad es una iniciativa integradora de las demás, como la agricultura ecológica o el Comercio Justo. Ya cuenta con una extensa red internacional cuyo peso relativo en la actividad económica mundial es aún insignificante. Pero su desarrollo implica el fin (o algo muy parecido) de las relaciones de explotación en las actividades productivas.

Y asimismo incluye a la banca ética y social, que comenzó su andadura en los pasados años 80, aunque su germen histórico se remonta al siglo XIX. Presenta una estructura diversa, desde las grandes entidades internacionales, como Triodos Bank, a las pequeñas cooperativas de crédito locales. Pero su principal objetivo común, apoyar proyectos empresariales de economía real (no especulativa), de carácter social y ecológicos, la ha convertido en el soporte financiero de las iniciativas de Economía del Bien Común. Su

desarrollo es muy desigual, aunque más significativo que el del Comercio Justo o la agricultura ecológica. En Europa ha alcanzado una cuota media de mercado de entre el 20% y el 30%. En España sólo llega al 6%, pero está mostrando una expansión muy notoria, por encima de la banca convencional. En 2014 su volumen de ahorro captado creció un 16% y su cuenta de clientes un 18%. Parece que también hay un “revolución financiera” en marcha.

Conclusiones: una cuestión de conciencia

Sin duda, el ámbito de la actividad económica está viviendo un incipiente proceso de transformación, aunque está por clarificar si es de reforma del capitalismo o de construcción de un “nuevo socialismo”. Lo cierto es que supone un cuestionamiento más o menos radical de los pilares de la economía de mercado: el afán de lucro como principio rector de la actividad económica, la preeminencia del valor de cambio de las mercancías y el trabajo, la hegemonía de la propiedad privada de los medios de producción, y la depredación suicida de los recursos naturales.

Se podría objetar que todas esas alternativas, paulatinamente integradas en la Economía del Bien Común, poseen un Talón de Aquiles muy evidente: en gran medida dependen de la “buena voluntad” de los individuos en particular y de las sociedades en su conjunto. Pero esa “buena voluntad” no es más que la expresión de un elemento imprescindible en cualquier proceso revolucionario: la conciencia. Fue tan necesaria en 1917 para asaltar el Palacio de Invierno, como lo es hoy para consumir productos ecológicos o de Comercio Justo, o para depositar los ahorros en una entidad financiera social: para ser más cómplices o más disidentes del capitalismo. Y esa conciencia está operando también en el proceso de cambio político que vive España, aunque queda por dilucidar si es “revolucionaria”.

Una primera condición para ello podría residir en su naturaleza “de clase”. Sin embargo, los Indignados son marcadamente interclasistas, ya que no sólo movilizaron una parte del proletariado tradicional sino también una fracción muy significativa de la clase media. Y Ps, además, mantiene un cierto grado de ambigüedad calculada al respecto, con su apelación a “la gente común y corriente”. No obstante, por un lado, la mayor parte de la clase media está constituida por asalariados. Y, por otro, en su ofensiva, el gran capital y las políticas gubernamentales a su servicio han precarizado y empobrecido asimismo a muchos pequeños y medianos empresarios (que en España conforman la mayoría del empresariado), dando sentido al “somos el 99%”.

Pero la trascendencia y la naturaleza de los problemas que está generando el desarrollo capitalista hacen insuficiente la sola conciencia de clase. También parece necesaria una conciencia “ampliada” a toda la Humanidad, muy vinculada al respeto de los Derechos Humanos, y también una conciencia ambiental. Y ambos elementos se hallan muy presentes en los planteamientos de Ps y las distintas plataformas ciudadanas nacidas de los Indignados.

Todavía está por comprobar la solidez de esa conciencia. La de esas organizaciones políticas que empiezan a tener la ocasión de ejecutar sus propuestas en unas cuantas comunidades autónomas y en decenas de ayuntamientos por toda España. Y asimismo la de

su electorado, cuya volatilidad será puesta a prueba como más tarde en el próximo mes de noviembre. Pero, sobre todo, está por ver si es posible construir una “democracia del 99%” en el contexto institucional de la Unión Europea.